Capítulo 12 - El Año Robado - La Última Orellen

Isla de Hemarland

Las Aguas Libres

Tres Años Después

El Año Robado

Todos los niños del pueblo cumplían un año más en el día de la ceremonia de invierno. Kalen llevaba semanas esperando por ese momento. La noche previa al gran evento, no pudo dormir. Yacía sobre su colchón en su habitación de arriba, cubierto de pieles, escuchando los sonidos de sus primos a través de la delgada pared que separaba la mitad de la cabaña de su familia de la de su tío Holv.

No dormían mejor que él, aunque su día de ceremonia no sería tan emocionante como el suyo.

Kalen cumpliría ocho años mañana, y cuando un niño alcanzaba esa edad, tenía su primera pelea de lucha. ¡Con toda la aldea mirando! Kalen había planificado cuidadosamente el evento con los otros dos niños con quienes pelearía al día siguiente. Les sugirió que cada uno fuera cuidadoso de dejar al menos una magulladura interesante durante la pelea, y aceptaron con entusiasmo cuando él explicó la razón de ello.

La pelea en sí duraba solo unos minutos, pero una magulladura permanecía días. Y cada vez que un adulto la veía, te palmeaba la espalda y te felicitaba una vez más por ser un valiente. Él había observado ese efecto el año pasado, cuando su primo Lander tuvo su propia pelea.

Kalen probablemente no ganaría mañana, pero una buena magulladura le traería al menos algo de gloria.

Perdido en esas agradables imaginaciones, se sorprendió cuando sintió el escalofrío. No hacía frío. Su habitación estaba justo encima del hogar de la cabaña larga, que ardía casi toda la noche en invierno.

Era otra cosa.

Llevaba sucediendo… desde hace un tiempo. Más de un año, pensó Kalen. Pero solo se había dado cuenta de qué lo causaba hace un par de meses. Si saliera afuera, sabía que vería la aurora en el cielo nocturno. La grande, con colores demasiado vivos.

Kalen había preguntado, pero nadie más podía sentirlo cuando ocurría. Pensaban que probablemente él solo lo imaginaba.

Si solo lo estaba imaginando, no sería tan molesto. El escalofrío parecía querer atravesar su piel. Era una sensación extraña, por lo que se imaginó presionando en contra.

Se aliviaba un poco la incomodidad. Un poco.

Él y el escalofrío continuaban así, uno presionando hacia adentro y el otro hacia afuera, hasta que llegó la mañana con tanta emoción que Kalen pudo ignorar esa molesta sensación. ¡Hoy cumpliría ocho años!

Con la primera luz, la pequeña familia de Jorn y la numerosa de Holv se reunieron en la sala principal compartida de la cabaña larga. Los hombres habían preparado dos grandes lavatorios, y las vasijas de agua hervían en el fogón. Sus esposas habían desempacado los vestidos de ceremonia bordados, del armario donde se guardaban casi todo el año.

Jayne, la esposa de Holv, era diestro con la aguja, y los viajes de su esposo le proporcionaban abundante hilo de colores. Las flores en los vestidos de las chicas y los ciervos saltarines en los abrigos de los niños eran los más hermosos del pueblo.

Después de que Kalen se lavó a fondo en la tina y luego fue frotado hasta quedar aún más limpio por su madre entusiasta, su tía lo llamó para recibir su abrigo de ceremonia. Él lo tomó de ella, admirando el ciervo con astas y los arbustos de bayas que decoraban los hombros.

“Gracias, Tía Jayne. Me la quitaré durante la ceremonia para no mancharla con sangre.”

Lander había manchado su propio abrigo con sangre y un gran agujero el año pasado, y aunque la Tía Jayne había dicho que estaba bien, Kalen la había visto llorar por el abrigo cuando nadie más prestaba atención.

“No cumplirás ocho años este año, Kalen,” dijo Shelba, mientras frotaba detrás de las rodillas de su más pequeño primo, Iless, con un cepillo. “Vas a volver a tener siete. Seguramente te hemos confundido desde el principio con tu edad.”

Como era su costumbre, la madre de Kalen entregaba las malas noticias con una voz dura como la piedra.

En la mayoría de las personas, esa voz provocaba de inmediato un deseo de rendirse ante lo inevitable. La Tía Jayne y sus seis hijos se paralizaban como conejos oliendo a un lobo. Iless se cubrió la cara con las manos.

“¡Voy a buscar más agua!” exclamó el tío Holv, casi corriendo fuera de la habitación.

Jorn lo miró con reproche, claramente disgustado porque su hermano había sido tan rápido en escapar por la vía más fácil.

“¿Qué?” dijo Kalen, mirando a su madre. Todos en la casa sabían que no había malentendido, porque el dolor de traición absoluta que sentía era evidente en su voz.

“Obviamente, aún eres demasiado pequeño para tener ocho años.” El tono de Shelba no admitía réplica. “Es mejor que sigas con siete otro año, para que todo quede en orden.”

“No, —” dijo Kalen, intentando y fallando en sonar como una roca. “¡Voy a cumplir ocho! ¡Voy a pelear contra Clem y Ogro y, por fin, convertirte en un hombre del pueblo!”

“No te permitiré pelear con muchachos que te doblan en altura. Perderás un diente o te dejarán sin fuerzas y te quitarán la razón.”

Ni siquiera lo miraba. Sabía que estaba siendo injusta. Todos en la habitación también lo sabían. Los otros niños—especialmente Lander, quien luchó con honor en su propia ceremonia del año pasado—parecían consternados por Kalen.

Nunca había oído hablar de un niño que cumpliera siete años dos veces solo porque era pequeño. ¿Qué pensarían del pueblo? ¿Qué pensarían sus dos mejores amigos, también de ocho años? ¿Seguirían siendo amigos si no compartían la misma edad?

“¡Hemos estado practicando en secreto durante semanas!” gritó Kalen casi aullando. “¡No he perdido ningún diente! ¡Una vez gané contra Ogro!”

En realidad, esto no era totalmente cierto. Kalen se tropezó y, sin querer, se le fue la cabeza contra Ogro en una zona sensible. Los combates, que eran el único entretenimiento decente en los largos y oscuros meses de invierno, eran luchas amistosas. Golpes—ya fueran puñetazos, patadas o cabezazos accidentales—estaban prohibidos.

“¿Qué has estado haciendo?” dijo su madre, finalmente dejando su cepillo y enfrentándolo.

“¡He estado luchando mucho, mucho, y puedo ser un hombre del pueblo si quiero!”

El rostro de Shelba se enrojeció. Se puso las manos en las caderas. La barbilla le sobresalía con actitud desafiante.

Su hijo, todavía sin camiseta, puso las manos en las caderas. La barbilla le salió de la misma manera.

En ese momento, todos en la casa entendieron que la paz que pudieron haber disfrutado esa mañana de fiesta nunca volvería a encontrarse.

Era una conclusión inevitable que Kalen perdería tanto el debate como su dignidad restante.

Desde su primer invierno, había esperado con ansias cumplir ocho años, y que le arrebataran esa oportunidad tan inesperadamente en la mañana de la feliz ocasión era demasiado abrumador. Cuando su madre gritó, “¡Si dices una sola palabra más, te haré quedar con siete hasta los

veinte!”, Kalen se rindió ante sus propias emociones.

Comenzó a llorar. Luego, al darse cuenta con horror de que había empezado a sollozar mientras discutía sobre su propia fortaleza y valentía, no pudo evitar llorar aún más intensamente. Pronto, se encontraba sollozando a mares. Corrió fuera de la casa, hacia la oscuridad de la mañana, y se dejó desplomar en un montón de nieve junto a la leñera.

Mucho más allá del punto en que sentía vergüenza por su propia dramatización, esperaba allí congelarse hasta la muerte, y que su madre se viera obligada a llorar también al contemplar su cadáver helado.

Por supuesto, fue solo unos minutos antes de que el sonido de las pesadas botas de su padre crujiera en la nieve.

Los pasos se detuvieron. “Pienso que un hombre pequeño debe respetar los miedos de su madre, aunque no los comparta,” dijo Jorn con una voz firme. “Y no debería gritarle por tratar de protegerlo.”

Kalen, con el rostro aún enterrado en la nieve que le punzaba, gimoteó patéticamente. Esa era la peor parte de tener una discusión con su madre: la postrera. Con su madre, los argumentos solían ser intensos y vehementes, y luego terminaban. Kalen y Shelba podían olvidarlos en cuestión de horas y pretender que nunca habían ocurrido.

Pero cuando Jorn se involucraba en las secuelas, a menudo era para decir algo devastador y perspicaz que Kalen tendría que meditar por siempre. En algunas ocasiones terribles, incluso había confesado sentirse decepcionado por el comportamiento de su hijo.

Y Kalen preferiría nadar con tiburones de hielo que decepcionar a su padre.

“Lo lo siento,” dijo en la nieve. “Pero no es justo.”

Jorn suspiró. Grandes manos cálidas lo agarraron por los hombros y lo sacaron de la pila de nieve. Su padre giró a Kalen para que lo mirara, cepillándole la nieve del cabello. “Sí, no lo es. Incluso tu madre lo sabe. Hemos hablado de ello una y otra vez en los últimos meses, y acordamos que ella no te haría esto pese a sus preocupaciones. Supongo que fue demasiado para ella esta mañana, cuando le prometiste no manchar el trabajo de puntadas de la tía Jayne.”

Kalen parpadeó. ¿Habían hablado de esto? ¿Muchas veces?

“Pero no hay de qué preocuparse,” dijo. “Ogro y Clem no me harían daño, aunque sean más grandes.”

“Lo sé,” dijo su padre con sencillez.

“Casi nunca se lastima demasiado a nadie.”

“Apenas alguna vez. Pero tu madre tiene miedo por ti porque te quiere.”

“Estoy seguro de que la tía Jayne también quiere a Lander,” afirmó Kalen. “Pero ella nunca—”

“La tía Jayne es una persona diferente,” dijo su padre. “Teme cosas distintas a las que teme Shelba. En algunas maneras, tu madre es más valiente; en otras, lo es tu tía. No nos corresponde a nosotros decidir si un temor profundo en el corazón es digno o no.”

Ugh, pensó Kalen. Era un terreno peligroso. Jorn empezaba a decir cosas que sonaban importantes. Kalen no podía simplemente ignorarlas. Tendría que pensarlas. La experiencia le enseñaba que probablemente se sentiría culpable por la pelea después de haber descifrado realmente las palabras de Jorn.

Pero aún así. ¡Pero aún así! La ceremonia invernal era hoy, y ahora sería arruinada. La gente hablaría de él. Quizá se burlaran de él. “Yo... Padre, realmente deseo tener ocho años.”

Levantó la vista y encontró la mirada de Jorn en la tenue luz gris del día que amanecía.

La expresión en el rostro de su padre era pensativa. Lentamente, dijo: “¿Y si, en lugar de tener ocho años este año, aprendes a leer?”

Kalén parpadeó. “¿Leer?”

¿Qué era esto? Kalén estaba tan concentrado en la ceremonia de invierno que le costó un tiempo entender por qué su padre le ofrecía algo tan extraño en lugar de celebrar su octavo cumpleaños. Ay. Eso era…

La lectura… había sido algo muy importante para él cuando llegó por primera vez aquí. Kalén lo recordó. Por supuesto que sí. Tomas Orellen le había dicho que debía aprender a leer lo antes posible. Y había solicitado lecciones varias veces cuando llegó a la isla.

Pero ni su padre ni su madre sabían leer más que unas pocas palabras básicas. Casi nadie en su pequeña aldea podía. Nadie le había dicho nunca que no debía aprender a leer, pero tampoco le tomaban muy en serio sus peticiones. Y Kalén había estado ocupado con tantas distracciones interesantes y maravillosas—padres, primos, vecinos, nieve, cerdos, amigos—que el asunto simplemente se había desvaneceido.

A veces, pasaba meses sin pensar en su otro nombre. Él era Kalén, hijo de Jorn.

Kalenerth Orellen era una intrusión no bienvenida.

Ahora, al mirar el rostro amable de su padre, su corazón se apretó en su pecho al recordar que toda la estructura de su vida se sustentaba sobre una sola mentira incomprensible.

En algún lugar, tenía otros padres. Extraños, sabios, que no lo habían querido. ¿Por qué?

Y tenía hermanos. Demasiados hermanos.

Una mujer no podía dar a luz a tantos hijos como los que Kalén había visto en esa habitación. Incluso Sleepy, que ahora era la cerda más excelente y productiva del establo, aún no había tenido tantos lechones.

Algo en el pasado de Kalén era terriblemente errado, y él ni deseaba ni podía comprenderlo en su totalidad. Solo sabía que la verdad, si alguna vez salía a la luz, dañaría a su padre y probablemente acabaría con la vida de su madre. El secreto y la culpa que lo acompañaban se quedarían con Kalén hasta su muerte.

De repente, lamentó haberse peleado con Shelba. Tendría siete años hasta los veinte, si eso la hacía feliz.

“¡No tengo que aprender a leer!” dijo rápidamente. “Cumpliré siete otro año. Está bien.”

“¿No quieres aprender más?” preguntó Jorn, aspirando la nieve derretida y fría que quedaba en la cabeza de Kalén. “Recuerdo que tuviste muchas ganas de hacerlo por un tiempo. No hace daño, y creo que puede ser útil.”

Ah, aquí había un problema. Kalén ya no quería aprender a leer. Todo el tiempo que dedicara a ello también sería tiempo recordando por qué lo hacía. Sería incómodo estar siempre pensando en su pasado.

Pero su padre acababa de hacerlo imposible para él negar sin parecer perezoso.

Quizá, si se negara, Jorn le preguntaría por qué ya no quería aprender, y tendría que inventar otra mentira. Tal vez esa mentira sonaría sospechosa. Quizá conduciría a descubrir la mentira original, indescriptible.

¿Qué debería hacer? “Bueno… creo que quiero aprender a leer. Pero solo un poco.”

Su padre sonrió. “Entonces, buscaremos un maestro. ¡Y libros!”

Kalén hizo un esfuerzo por devolverle una sonrisa.

Esa tarde, bajo el pálido cielo invernal, Kalén formó parte de un grupo de otros cuatro niños en el centro de la aldea y volvió a tener siete años. Todos recibieron una pequeña bolsa de tela llena de dulces, y todos los felicitaron.

Varios adultos levantaron las cejas hacia Shelba, pero ella fingió no notar. Kalén también fingió no darse cuenta. Había preocupado que los otros niños de siete y ocho años lo molestaran, pero los de siete estaban mayormente interesados en su caramelos. Y los de ocho, que ya no recibían las bolsas de dulces, estaban más enfocados en convencer a Kalén de que compartiera con ellos.

Al final, era un asunto mucho menor de lo que él había imaginado. Sin embargo, resultaba igualmente desgarrador ver a Ogro y Clem luchar, mientras todos los alentaban con entusiasmo desenfrenado. En un sorpresivo giro, Clem logró inmovilizar a Ogro en la tierra helada antes que él.

Fue un comienzo magnífico para las festividades. Casi todos los hombres adultos participaron en luchas, y algunas de las mujeres también. Había abundante cerveza para los mayores y comida para todos. Al caer la noche, la mayoría tenía la sangre lo suficientemente caliente como para que la breve caminata por las escarpadas pendientes hasta la playa más cercana no pareciera una gran dificultad.

Jorn llevó a Kalen sobre sus hombros, cantando una canción junto a Tío Holv, ambos con voces muy altas y desentonadas.

La fogata ya había sido preparada y encendida. Parecía aún más grande que en años anteriores. El fuego crepita y ruge, lanzando chispas que se elevan en espiral hacia las estrellas y tiñen de naranja el hielo que cubre el mar con su luz.

Cuando fue el turno de Kalen de alimentar la voraz hoguera con un pequeño trozo de madera muerto, para apagar su pasado y dar la bienvenida al nuevo año, se acercó tanto como pudo. Era tan agradable sentir calor, por una vez.

Recuerdo cuando cada día era caluroso. Recuerdo cuando la nieve era solo una palabra de tierras lejanas.

Esa no era una idea de Kalen. O mejor dicho, era un pensamiento que surgía en su interior, y él sabía que no le pertenecía. Había ocurrido antes en raras ocasiones. Era extraña, pero no le parecía algo de lo que preocuparse demasiado.

Sin embargo, esa extrañeza le resultaba más incómoda de lo habitual en ese día. Kalen lanzó su trozo de madera a la hoguera con todas sus fuerzas, deseando poder quemar mucho más del pasado que solo un año.

Revisión #1
Creado 29 abril 2026 04:43:03 por Alice Johnson
Actualizado 29 abril 2026 04:43:06 por Alice Johnson